



REVISTA LITERARIA

SUMARIO.

Introducción.—*El Beato Calasanz*, poema de D. Justo Sierra.—*Una juventud*, poema de D. Luis G. Urbina.—*El Mundo Ilustrado*.—Publicaciones literarias.—Escritores muertos: Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, José Martí.—El Congreso de Americanistas.—Concursos científicos.—El General Díaz aclamado «Insigne protector de las ciencias.»—Alta significación de tal dictado.—Tratado Literario entre España y México.—I.ª Academia de la Lengua.—Su nuevo Presidente.—Sus trabajos.—El drama y la novela en México.—Conclusión.

En el nombre de Alá, que es poderoso, cuyos atributos son infinitos, á quien rinden culto, el beduino nómada que cruza el desierto en su corcel, émulo del viento, dejando oír el ruido de su yatagán corvo y luciente, al chocar con el arzón de su silla, y haciendo ondular, á las caricias del ardoroso viento, los extremos de su albeante jaique de lana; el creyente que en el harem se embriaga con el haschich; y el fakir, que en el pórtico del templo, hunde las uñas afiladas en el huesudo pecho. En el nombre del Profeta, en cuyo honor se elevan las mezquitas cuajadas de arabescos, construídas con encajes, de columnatas gráciles, de arcos atrevidos, de cúpulas enormes, de ojivas misteriosas; en el nombre del Santón Muley Abderraman, que vió en sueños á las huríes de ojos verdes y pelo de oro, encantadoramente obesas, doy principio al trabajo, asaz arduo, de bordar el vacío literario comprendido entre un almanaque que pasó ya á la vida de la colección y del estante, y otro almanaque, pletórico de poetas y proistas, que ve hoy la luz en la muy noble y leal ciudad de México, capital de esta Nueva España.

Quien me ame, que me siga:.....

* * *

Uno de los acontecimientos literarios del año que está por terminar, fué, á no dudarlo, la aparición del *Beato Calasanz*, poema del Sr. Don Justo Sierra, muy leído y comentado en los círculos ilustrados de la capital. El señor académico Don Rafael Angel de la Peña, á quien profeso la más respetuosa admiración, escribió, acerca de tal poema, un luminoso estudio que publicó *El Nacional*. En él, el distinguido lingüista y literato, empieza por examinar imparcialmente la obra á la luz del criterio teológico y, es claro, halla

que el héroe del poema ni es un creyente ni mucho menos.

No intentaré por cierto, discutir la ortodoxia de Calasanz. Bajo otro punto de vista lo consideraré, aventurándome á decir que es una revelación del estado psicológico de su autor. El Sr. Don Justo Sierra, eminente filósofo, historiógrafo y literato, y más que todo, hombre de gran corazón, según la unánime apreciación de cuantos lo tratan, se nos ha mostrado en ese poema como un místico, y ha dejado, semejante á todos los grandes talentos, una gran porción de su espíritu en su obra. No puede ¡ay! tener quien razona esa fe que todo lo quebranta y que, cuando es siquiera tan grande como un grano de mostaza, puede decir al monte: «ven á mí.» y ser obedecida. Conocidas son las etapas de un cerebro notablemente constituido, en la actual época en que la razón ha sido proclamada Diosa: primero, el misticismo juvenil, que no pregunta, que no inquiere, que se arrodilla al pie del sagrario, se emboza en la penumbra de la nave y embriagado de misterio, ama y espera; después, las averías mundanales que arrancan los renuevos cultivados por el materno amor, que aun no se afirmaban; el deseo de investigación y de análisis que tanto medra en el medio en que vivimos; el afán de contestar los abrumadores *¿por qué?* de la vida; la iniciación en la filosofía positiva, y la suficiencia pueril que nos dice: «Es una mengua creer, ahora que todos niegan; enarbola el estandarte de la protesta..... Rebélate!» palabra que suena en el oído con poderosas inflexiones insinuantes, y cuyos efectos tan admirablemente ha descrito el profundo novelista Pérez Galdós.

La fe ante aquellos acentos escapa, por la ojiva gótica, con la luz del Poniente y torna al cielo. Ya Dios ha caído; ya Cristo no es Dios; suprimelo el pueril orgullo, que se siente fuerte porque se siente joven. La exaltación que intenta derrocar todo lo viejo se hace sitio en el corazón donde florecieron antes las

azucenas de la plegaria y el espíritu vuélvese á la Suprema Causa para negarla.

La juventud se va; el otoño, lleno de madureces, llega. Se ha estudiado mucho, y en el abismo de aquellas filosofías contradictorias que nos han llevado á merced de la marejada, no brilla una luz. Advertimos que hemos destronado á una Divinidad y que la filosofía no nos da otra para sustituirla.....

Entonces, los espíritus cultos, artistas, buenos, los adeptos de la Belleza y del Amor, tienden los ojos hacia el Ideal. Las facultades del alma no pueden aplicarse sin inquietud á lo perecedero, y el Cristo derrocado vuelve á erguirse en los corazones. Mas el razonamiento ha debilitado la fe. No es posible ya la sumisión absoluta y surge el misticismo convencional, el misticismo de Tolstoi, ese excelso espíritu inquieto que ha contemplado todas las negruras de la vida, el misticismo artístico.

Tal es el misticismo de Justo Sierra. No es el ortodoxo: es el nostálgico; el que siente con Renán, la tristeza de la duda, el que quisiera divinizar de nuevo á Cristo y no puede, y exhala la suprema queja del poeta que no hallando rumbo fijo á sus tendencias exclama: *¿Ou va l'homme sur la terre?*

Acaso me equivoque; de nada presumo; pero el último poema del Sr. Sierra, es para mí la revelación de ese tercer estado psicológico propio de todos los grandes espíritus, que he descrito, y no me guío para mi afirmación por la personalidad determinada del *Beato*, sino por lo indefinido que flota sobre ella, por la parte del alma del autor que sobre los alejandrinos vaga, y tal afirmación hágola porque en mi concepto enaltece á Sierra, un gran nostálgico de la Divina Belleza y del Divino Amor. Hay en él mucho corazón para que el análisis fino del filósofo positivista no le parezca deficiente; hay en él demasiado de bondad para que le perjudique lo demasiado de sabiduría!

*
**

En Junio salió á luz el segundo *Poema Cruel* de nuestro joven poeta Luis Urbina, intitulado *Una juventud*.

Paréceme que viene á propósito, ya que de él debo hablar, la reproducción de lo que entonces escribí en *El Nacional*, bajo la inmediata impresión que me produjo su lectura.

Decía yo entonces:

El Universal, en su número del domingo, publica el nuevo poema de Urbina, intitulado «Una juventud.» Habíamoslo oído ya de los labios del joven autor de *Carmen*, en esta ó aquella íntima tertulia, improvisada al rededor de la mesita de un café, ó en la modesta sala de un literato; habíamoslo oído, matizado por la peculiar recitación del poeta, que da vida nueva á cada uno de sus versos.

En las columnas de este mismo diario, dijimos que Urbina rompía en ese poema con tradiciones ya muy añejas con prejuicios puramente líricos respecto á la rehabilitación de ciertas mujeres.

Juan, el héroe del poema, es un enfermo y una enferma así mismo Elena. Urbina ha querido analizar dos seres desequilibrados. Busco enfermos, nos ha dicho, porque los sanos no serían tipos á propósito para el estudio, en poemas *cruels*.

Son dos enfermos, sí, pero de enfermedades bien diversas.

A Juan, los sueños le han creado ficticios impulsos de generosidad. Desde muy niño sintió amor por los poetas:

Aquellos de ojos tristes y cabelleras largas.

Volaban sus ímpetus tras el dolor ajeno:

Llevando una infinita piedad por los caídos.

Todo eso era muy bueno, pero su lirismo indomable, su bondad falseada por la imaginación, le sugirieron meterse á redentor, y á redentor de una Magdalena; fué al «*país del beso*» y habló, nó el lenguaje del deseo, sino un lenguaje extraño: habló de virtud, de redención, de amor.

—¿Y gustas de esta vida?—No conozco otra.—Elena, dime: ¿tú sufres mucho?—A veces sí.—¿Tu pena es pertinaz y honda?—Surge sin saber cuando.....—Y qué nunca te asaltan deseos de ser buena?—¡Oh! ¡mucho, mucho!—dijo, y se quedó pensando.

La antítesis había cautivado ya á la perdida; en su cenagosa ruta, habíale hablado sólo al oído la lascivia de los recién venidos. Aquel joven triste la sedujo; mostrábale la perspectiva encantadora de un mundo, para ella desconocido: el del bien, pero un bien *sui generis*: el poeta iba á darle alas, mas no para que subiese hasta el cielo, como pudiera presumirse, sino para que subiese hasta el amor terreno, mezclado de impurezas, de anhelos libidinosos, pero exclusivista; hasta el amor que subtrae de una promiscuidad nefanda.....

¡Y comenzó el ascenso! Por luminosa escala Tendida desde el fondo miasmático y sombrío, Subieron; él sirviéndole de fe, de aliento, de ala, Y murmurando:—Elena, la vida no es tan mala Ella diciendo:—¡Ayúdame! ¡Subamos más, bien mío!

Y llegaron á un nido de amores, pero de amores líbicos, de amores que ningún juramento sagrado santificaba. Y de los gérmenes insanos de aquellos amores brotó una flor mustia, lánguida, llena de livideces: *¡la pálida enfermita!*

Había surgido un lazo nuevo y poderoso; pero ¡ay! el vicio tiraba por su parte; el siniestro imán del cielo atraía; la lucha para Elena era imposible; tenía una coraza: el amor materno; pero los dardos de la lujuria atávica herían el talón. Cayó, pues.

Debía caer: he aquí el principio en que, en nuestro concepto, se basa el poema, principio implícito en la siguiente estrofa, que consideramos como la capital de la obra:

Ya ve que es imposible la redención: se impone el hábito adquirido; ve que la lucha es vana contra el temperamento ¿Qué importa que abandone su error el alma y vuele, si al fin se sobrepone la carne triunfadora, la carne soberana?

El fatalismo que respira esa estrofa y por ende todo el poema, será muy de moda, pero muy desconsolador y, en mi concepto, falso si se le quiere universalizar.

De él se deduce este tremendo principio proclamado ya por ciertos seudo-filósofos: el hombre es irresponsable. Admitido, se subvierte todo idea de bien, y el mal se vuelve necesario; la evolución es asimismo imposible: el mundo está lleno de enfermos. Es un manicomio donde cada cual va impulsado por manía invencible hacia el vicio.

¡Nulla est redemptio! se puede clamar, y el tremendo *¿por qué?* de la vida no tiene respuesta.

Como Urbina expone un caso concreto, claro es que todo lo ha ordenado de manera que su tesis resulte triunfante; pero debemos hacer varias observaciones que prueban, en nuestro concepto, el completo convencionalismo del poema, disminuyendo así notablemente la órbita de sus tendencias.

Prescindiendo de la enfermedad de ambos protagonistas, nada queda, salvo el lazo establecido por la niña, que pueda redimir á Elena.

¿El amor? ¡no! porque no es amor santificado por la idea religiosa, que, verdadera ó falsa, liga más fuertemente que cualquier otro lazo.

El amor libre, tal cual nos lo muestra Urbina, ni santifica ni redime.

Las grandes redimidas de la historia han sentido en sus espíritus el influjo de amores más grandes.

Ya el omnipotente del amor divino que salvó á Magdalena y á María Egipcíaca, ya el poderoso del amor humano santificado por una creencia.

Elena no siente ni uno ni otro; réstale sólo el amor de madre, pero no de madre cristiana; y como digo antes, esa coraza vale poco ante los dardos del sensualismo atávico que saben herir la parte vulnerable, que buscan el talón.

Dados estos antecedentes, Elena debía ser irredimible; el poeta es lógico; mas no se sigue de ahí, como lo sostenía algún inteligente amigo, que la cortesana debe ser irredimible siempre.

En resumen: si no se universaliza, la tesis es cierta.

Esto no reza con el poeta, que nos ha descrito admirablemente dos enfermos y los ha tratado con pincel muy hábil hasta el fin; reza con quienes intentan generalizar las tendencias de la obra.

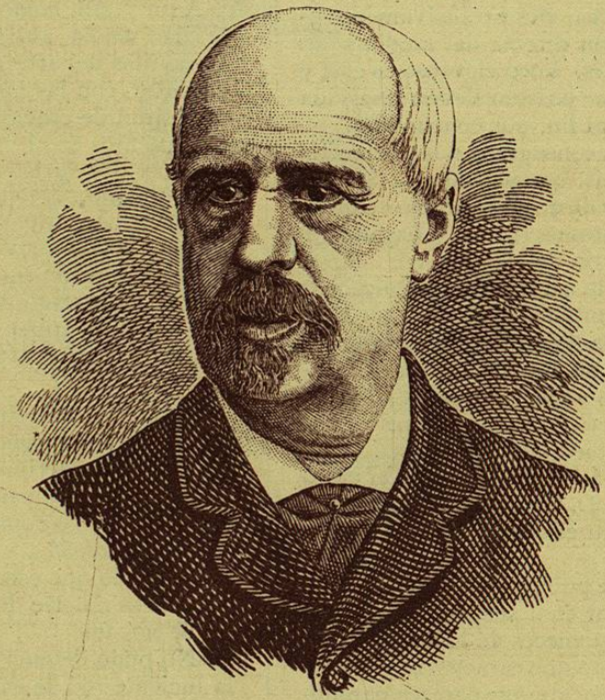
Por lo demás, como hemos manifestado al iniciar esta crónica, tal poema rompe con prejuicios líricos de poetas que han querido hacer una santa de cada Frinea.

Entre Margarita Gautier, creación de un gran ingenio, y Elena, creación de un muchacho de talento, prefiero á Elena por más humana, pero haciendo la salvedad de que ni hay muchas Elenas, ni es imposible que éstas se rediman cuando las cubre con sus alas algo más puro que el amor de Juan, de Juan cuyo otro yo, amaba, según la frase del poeta,

Aquella carne d'ada y fina que tiembla bajo el caso de los cabellos blondos.....

Eminent filólogo mexicano, Presidente de la Academia Mexicana, Correspondiente de la Real Española de la lengua. † en México el 26 de Noviembre de 1894

JOAQUIN GARCIA ICAZBALCETA



La riqueza de imágenes y armonía métrica de «Una juventud» revelan en Urbina un numen poderoso. El poema entero está escrito en alejandrinos y tiene versos tan hermosos como estos:

Y ya en el barrio, lejos de la febricitante ciudad, frente á la alegre plazuela de risueños contornos y en la casa que oculta la brillante enredadera—nido de misterioso amante— para esconder purezas y acurrucar ensueños.

El oro rubio y claro de la mañana, ardía en el bruñido esmalte del horizonte, y luego del sucio pavimento de la plazuela, hacia tapices damasquinados, vibrante pedrería heráldicos dibujos y láminas de fuego.

Sobre la tosca fuente, al borde del gastado brocal, el agua, en nítido chorro de luz, saltaba; algunas mariposas, con vuelo fatigado, en loco enjambre iban, y del portón ferrado parábanse en la esfera pringosa de la aldaba.

No columpiaba el aire la rústica cortina de la ágil trepadora que sube la ruina y á los tupidos hierros del barandal se enreda de pronto, corva y rauda, pasó una golondrina, rozando las azules campánulas de seda.

Y, por último, un final que hace sentir mucho: Y Juan oyó de nuevo un grito:—¡Mamá, ven! Con (serena

resolución irguióse. Ilevó hasta la melena una crispada mano, para ahuyentar la impía lucha de las pasiones.—¡Yo te perdono, Elena! dijo, y entró gritando:—¡Allá voy, hija mía!

..... Despiértos volvió á pasar una bandada de golondrinas:

..... rozando las azules campánulas de seda.

Envío al autor de «Una Juventud» con mis felicitaciones, mi abrazo de hermano, y deseo que en un futuro poema suyo, palpites un amor tan excelso que redima y salve»

Tal era en aquel tiempo mi voto; tal es hoy. ¿Se cumplirá? Nó, de fijo. Urbina se ha transformado en analista y en analista cruel. Que su inspiración resurja siempre inmaculada del pudridero social, tal es el voto que debiera substituir al primero.

Que pueda clamar como el ave de Díaz Mirón:

«Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan: mi plumaje es de esos.»

Del joven poeta puede decirse lo que de Ricardo Palma, hace muchos años: «Su biografía está en el porvenir.»

Luminoso se lo deseo, para honra de las letras nacionales.

Lo hago notar con verdadero placer: *El Mundo Ilustrado* es el triunfo más digno de encomio de una serie de esfuerzos penosísimos, iniciados y seguidos con notable perseverancia.

Significa empeño y luchas difíciles de comprenderse por un público poco ó nada conocedor de las labores que entraña una publicación semejante, que tras luchar con todo género de obstáculos para formarse, tiene después que proseguir su camino casi sin estímulos.

Yo he recorrido, con el hoy hermoso semanario, el primero de México y acaso de la América Latina, la vía dolorosa, al fin de la cual encontrará, sin duda, el completo éxito á que está llamado. Lo ví nacer euteco y humilde, lleno de nobles alientos, deseoso de perfeccionamiento, y testigo fuí de sus primeros fra-

casos y de sus grandes propósitos continuamente renovados.

Presencí muy de cerca su lid reñida contra la apatía, la indiferencia y, lo que es peor, la censura de quienes querían encontrar la perfección absoluta en una obra intentada por primera vez en México y que debía crear, como cimiento de su constante evolución, recursos del todo desconocidos para ella misma. Fuí testigo, sí, de esa lid reñida, y ahora me complazco vivamente en ver al recién nacido, pletórico de vida y aumentando cada día la esfera de su acción, sin engeirse con los triunfos conquistados, sediento siempre de progreso y pródigo en derrochar (que derrochar ha) recursos, con tal de agrupar en su torno verdaderos artistas y costosos elementos.

El editor de *El Mundo* une la audacia á la perseverancia. Esperamos que estos dos factores conduzcan á ese periódico á la meta que se ha fijado.

.

Naturalmente las publicaciones exclusivamente literarias están en proporción directa del movimiento del mismo género en el país. Poco vigoroso es éste y escasean aquellas, y las que existen llevan una vida lánguida y se extinguen, al fin, por consunción.

La principal publicación consagrada á las bellas letras, que tenemos en el país, es, sin duda, la *Revista Azul*, fundada ha poco más de un año por uno de nuestros más delicados y elegantes escritores, y órgano genuino de la bohemia literaria de México.

A pesar de su juventud, la mencionada publicación no medra como debiera, y entiendo que no es por cierto la halagüeña perspectiva de un buen resultado pecuniario lo que estimula á su actual director á sostenerla. Un sentimiento más noble lo obliga á perseverar en la ingrata tarea. La *Revista* ayuda á perpetuar un nombre y un recuerdo bien amados: el recuerdo y el nombre del *Duque Job*, á los cuales rinde el culto de una fraternidad sincera D. Carlos Díaz Dufío, tan ventajosamente conocido en el campo de las letras y del periodismo militante.

Distínguese la simpática publicación por un eclecticismo laudable, merced al cual sus lectores hallan siempre en ella selectas pequeñeces de los mejores escritores modernos. Pero esto que caracteriza y avalora á la *Revista*, es, así mismo, aunque parezca paradoja, el principal factor de su falta de medro. Su director lo sabe mejor que yo.

.

En Mérida ve la luz el semanario ilustrado *Mérida Festivo* que, según entiendo, sustituyó á *Pimienta y Mostaza* y en el que colaboran las plumas mejor cortadas de la Península, donde las hay por cierto, y en regular número. Ignoro las condiciones de prosperidad en que se halle la mencionada publicación; mas parece que vive con cierta holgura, merced á la cultura que distingue á los habitantes de la hermosa Capital yucateca.

En Querétaro se publica *La Pluma*, en Chihuahua una *Revista*, en Veracruz *Blanco y Rojo*, en Oaxaca *El Album* y en Mazatlán el número dominical del *Correo de la Tarde*, al frente del cual hállase un poeta tan inspirado cuanto modesto, Esteban Flores, quien ha sabido seleccionar entre la multitud de oropeles con que nos obsequian las publicaciones americanas, lo verdaderamente bueno y bello.

Todas estas publicaciones, ó van anexas á un diario y participan, por lo mismo, de las condiciones de vitalidad de éste; ó bien, se sostienen merced á penosos esfuerzos de sus directores, que repugnan ver extinto el fuego del culto al ideal.

Las publicaciones científicas tienen una vida más precaria aún; y frecuentemente hay que repartirlas gratis; dígalo si no el doctor Díaz de León, de Aguascalientes, que tan valioso contingente ha prestado á las ciencias en el país y que obsequia su instructiva y hermosa publicación, *La Enseñanza*, á sus amigos, ejerciendo así un apostolado digno de loores, pero como todos los apostolados, improductivo, prácticamente hablando, que es como ahora blasonamos todos de hablar.

Desconsolador es lo que vengo anotando, pero exacto. Refugiémonos en la esperanza de mejor futuro, la esperanza de todos los desesperados.

.

Héme en un Luxemburgo ideal: el Luxemburgo de mis recuerdos; de mis recuerdos ¡ay! que son, casi todos, epitafios cariñosos que elogian á mis hermanos muertos.

Aquí y allí, como en los afligranados sepulcros de la edad media, abrigados por los dombos altísimos, maravillas del arte gótico, véanse románticas estatuas yacentes, con las manos empalmadas sobre el pecho, en actitud de oración; otras de rodillas, con los ojos sin luz, fijos en el vacío, como si expectasen la redención. No turba su plegaria eterna la mundanal barbullita; ahí están perennemente silenciosos, en aquel rincón no profanado de mi memoria, que es el *Rincón de mis poetas*, menos suntuoso, sí, que el de la Abadía de Westminster, pero menos frío también: Manuel Gutiérrez Nájera, Joaquín García Icazabal, José Martí, Julián del Casal..... grandes espíritus, bien sabéis cuanto perfume hay en mi recuerdo.....

Removeré los columbarios; coronaré mi frente con hojas de álamo, renovarán mis ojos el ardiente contenido de las lacrimatorias, encenderé de nuevo las piras y entraré al panteón de mis memorias, donde hay tantas coronas de *inmortales* y tantos ramos de *no-me-olvides*.

Recuerdo que escribí cuando llegé á mi oído la noticia de la muerte de Gutiérrez Nájera, lo siguiente:

«Se nos fué.....!»
«No pudo detener á aquella alma noble y generosa, la luciente red de cariños que pugnaba por afirmarla en la tierra: ni las manos enclavijadas de la madre que se elevaban al cielo como bandera de dolor, ni las lágrimas candentes de la esposa que caían silenciosas sobre el rostro del bien amado, ni las miradas límpidas de los niños, llenas de azoramiento ante el para ellos incomprensible fantasma de la muerte, que decían con su lenguaje de inocencia infinita: «Papá, no te vayas, tenemos miedo!.....»

«Miedo, sí, miedo á la vida que se ensaña con la orfandad; miedo al destino que unge las cabezas desvalidas con el óleo del infortunio.

«No pudieron detenerle ni la amistad, ni la admiración.....!»

«Se nos fué.....!»

Tal escribía y lo reproduzco ahora que muchos días han batido sus alas sobre esa tumba.

Gutiérrez Nájera ha dejado huella; su estela es perceptible aún; fosforesce en el mar del pasado y fosforescerá mucho tiempo, lo espero así.

Confieso que temí por esa gloria. En este país, donde no se lee, no podía ampararla sino la devoción de unos cuantos; temí que aquellas lágrimas vertidas en el panteón, ante el ataúd, no fructificasen más fortuna y me equivoqué.

Pasada la explosión de dolor, sobrevive la remembranza y se vigoriza.

Como se vigoriza y sobrevive en Cuba la de Julián del Casal.

Julián del Casal y Gutiérrez Nájera, formaban una dualidad gentil. Aquél, abrevado de incurables tristezas, víctima de incurables nostalgias, huyó como éste de la tierra, cuando todo en la tierra bregaba por detenerlo.

Tuvieron ambos en sus versos delicadezas exquisitas, hechas sólo para comprenderse por la aristocracia literaria.

Jamás su inspiración revistió formas triviales, ni tocó el lodo, siquier fuese con el extremo de sus alas. Ungió sus cabellos siempre con aromas delicados y presentóse con atavíos de princesa.

En la poesía del *Duque*, había, sin embargo, una nota que no vibró en la poesía llena de exquisiteces de del Casal.

Enfermos ambos de misticismo, el de Gutiérrez Nájera era profundamente consolador: jamás, en el terreno donde brotó la *azucena de la plegaria*, asomó sus purpúreos pétalos la *adelfa de la blasfemia*. A través de sus versos, adivinábase al buen Dios; no al Jehová, que vibra rayos, sino al padre que sonríe, ama y perdona, al padre que abraza al hijo pródigo y pone un anillo en su dedo, y festeja su retorno; al padre que se alegra más de la conversión de un pecador, que de la perseverancia de muchos justos; al padre que remite, no siete faltas sino siete veces siete.

Jamás una nota impía vibró en aquella lira: no era la lira de las lamentaciones sino la lira de los salmos, la lira que cantó frente al Arca de la Alianza!

En cuanto á la prosa del malogrado amigo, difícil es que se la supere en elegancia y en finura.

Era una prosa acariciadora, galante como ninguna ante las damas, gentilmente incisiva para herir, y siempre amena y sugestiva. Había que creer á aquel cronista de guante blanco, á aquel cuentista exquisito, aun cuando abonase el imposible.

El estilo francés, frívolo á veces, juguetón, cautivador y espiritual siempre, brilló por lo común en la prosa del *Duque*, que tuvo por Francia—este es acaso su único pecado—más predilección que por la España de Fray Luis de Granada y San Juan de la Cruz, de Molina y Moreto, de Zamora y Sta. Teresa, de Calderón y de Cervantes.

De todas suertes, su estrella solitaria brillará mucho tiempo sobre nuestras letras, y el recuerdo de su juventud agostada, sobrevivirá en nuestra memoria.

La muerte odia á las cabezas jóvenes coronadas por el talento y las siega; la fortuna suele negarles la gloria, porque tener gloria y juventud á la vez, ha dicho Schopenhauer, es demasiado para un mortal.

.

José Martí ha dejado también coruscante huella.

No fué sólo el artista, no fué sólo el poeta; fué algo más: el héroe. Enamorado de la libertad, halló en los corazones mexicanos eco simpático su causa, la causa ante cuyas aras puso en ofrenda todos los esfuerzos de su juventud, todas las energías de su cerebro, y...su propia vida.

Empero, no me toca juzgar al campeón. En los anales de las sangrientas luchas por la autonomía, ese mito que constituye el perenne espejismo de los espíritus jóvenes y levantados, figurarán su nombre y su leyenda.

Tócame sólo hablar del poeta que prestó en un tiempo en México su contingente literario, á quien nuestros pensadores veían como hermano y que man-

tuvo siempre muy estrechas relaciones intelectuales con nuestros escritores

José Martí estaba dotado de poderoso numen, tenía una perfectísima concepción del arte, profunda erudición y fecundidad notable. No fué, por cierto, un adorador de la forma métrica, que tan intrigados trae ahora, en Francia y en América á literatos de altos vuelos.

Es, por el contrario, tal forma en él, desaliñada, frecuentemente exótica y aun extravagante. Sus procedimientos literarios son poco armónicos y aun se distinguen, á veces, por su incoherencia, pero bajo tal desordenado atavío, adivinábase siempre una inspiración poderosa que, bien encauzada, hubiera hecho admirar su hermosura y embelesos.

Como periodista, fué Martí vibrante siempre, sugestivo, valiente y razonador.

Como conversador..... recuerdo aún la tarde en que le conocí y la impresión que su radiante verba, que su facundia excepcional me produjeron. Pocas veces he escuchado un lenguaje más fluído, más valiente, salpicado de conceptos tan novedosos. Habló del arte y de la literatura española, haciendo compendiosos y atinados juicios críticos de Galdós, de Pereda, de la Pardo Bazán, de Valera y de Pelayo. Habló, después, desus ideales de autonomía para Cuba, factor seguro y poderoso de la hegemonía futura de esa adorada porción de tierra donde el café salpica los frondajes de bayas de rubí, donde la caña yergue su tallo elegante, de color verde claro, y se mece coqueteo al halago de las ardientes brisas; donde la palma estalla en ramos ondulantes y mueve suavemente sus abanicos, semejantes á volutas de esmeralda, de extraños capiteles de pórfido; donde la *guaracha* envía sus plañideros acentos en alas de la brisa, la guanábana brinda sus dulzuras y el mar gimé con vagidos de titán-niño. Habló de su amor á la libertad y sus



JOSÉ MARTÍ.

Insigne poeta, fundador y miembro de varias sociedades literarias mexicanas. † en Cuba á principios de 1895.